

de sí, con los ojos desorbitados por la locura, se echa a gritar en medio de la pista, desgarrándose la garganta...

¿En qué momento se encontró con una combi a toda velocidad a dos metros de sus narices? Juanjo nunca lo supo. Sólo quería gritar. Tampoco se percató cuando las ruedas de la misma le pasaron por encima. Sólo quería gritar. Ni se enteró de que los transeúntes lo estaban rodeando y de que luego del accidente lo miraban con pena. Todo sangrante y fracturado, ya no podía gritar.

En ese momento de tragedia, abrió tímidamente los ojos y vio un mar de pies con sus respectivos dueños. Sintió una extraña tranquilidad. "El padrecito tenía razón, hoy cuando cierre mis ojos descansaré tranquilo", pensó. Cerró los ojos una vez más y se dejó llevar por un profundo sueño. Ese día, después de muchos, por fin pudo descansar en paz y soñar con Dios.

ALGUNOS FIRMAN CON SUDOR

**Catalina María Jacinta Gaviria
Castillo**

Quisiste pensar que era un... No, no era nada de eso. Era papá. Era pesado. Tu pecho sintió presión; era su barriga. Tu espalda; los barrotes de la cama encajaban con tus costillas. Uno, dos, tres... Desde esa tarde, despertar ya no era escapar de la pesadilla. Ya no existían miradas fijas, tampoco sonrisas definidas.

Entras al cuarto, sola. Mamá está en la cocina. Ella canta; tú no quieres que regrese. Mamá quiere mucho a papá. Tú tienes un espejo al lado de la cama, solo no lo miras desde hace unos meses. Tienes un cuerpo, pero no quieres tenerlo. "Malo" piensas, mientras intentas jabonarlo para que quede limpio. Mamá te mira, mamá dice que pares. Alexia no, Alexia sabe que sigues sucia y eso te molesta, te produce náuseas. Sales.

Prefieres quedarte intacta, sin desabrocharte siquiera para ti el abrigo rosado. Abres el armario, a solas, y en vez de librar las prendas de la oscuridad, te refugias en tu rincón derecho; el izquierdo, para Alexia.

No quieres ni que la pared se aproveche de tu espalda, más pequeña aun que el televisor donde concentras tu mirada esos minutos eternos; ni menos el piso de tus pies; ni los brazos de tu pecho; ni tus lágrimas de tus mejillas rojas. Pero el miedo es intruso e inquilino de tus entrañas, que las crees ya embarradas de asco propio y ajeno.

Optas por no mirar, no tocar, no sentir; pero lo sientes todo. Más allá del armario, ella no existe. Y si la noticia sale

de la boca de uno y vuela, y da piruetas en las lenguas, ¿quién se ocupa?, luego de haber jugado y sido masticado, estrellado quinientas veces contra boca animal y escupido quinientas veces con saliva, ya no vuela. El tiempo ya ha pasado y la manecilla del reloj dio las seis, directo al piso como lo apunta.

Es domingo y al acercarte al sagrario repites a voz oyente, a palabra sagrada: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa". Con solo siete "ya estás hecha toda una señorita". "¿Los conoces?" Alexia no responde. "Dime, ¿son buenos?" Pero aunque Alexia no lo sepa, prefieres advertirte diciendo en tu cabecita: "Habla conmigo, sueña conmigo, nunca sabremos si te harán reír o llorar. Yo reiré y lloraré contigo".

Vuelves a casa de la mano de mamá. "Mamá me quiere", piensas. Mamá suelta tu mano para abrir la puerta, tú buscas la mano de Alexia, "¿Alexia?". Alexia no está, empiezas a sollozar en

silencio y te muerdes la mano. "¿Alexia?", Mamá ya te advirtió sobre mencionarle a Alexia. Odias tu mano y el televisor. Muerdes tu mano más fuerte. Televisor, televisor. Miras el suelo, miras a mamá. Mamá mira el bolso, no encuentra las llaves.

¿Cómo no darse cuenta de algo tan evidente? Alguien está por volver y mamá se encuentra ansiosa. Alexia también. Tú también. Han pasado cuatro meses desde su partida y hay algo que anunciar. Ella sonríe y piensa en el momento en el que lo abrazará. No, tú cierras los ojos, o los abres. Te aferras a la esquina del lado derecho del armario y respiras hondo toda la humedad que hay dentro de él. Alexia dijo que ya volvería, quieres que esté ahí pero mamá no quiere. La invitas muy despacito a entrar y mamá no lo nota. ¿Mamá? Se escucha la ducha y unas risas. Es media noche, parece más tarde, parece de día, parece cuatro meses atrás.

Televisor, televisor. No oyes más, le pides a Alexia que se acerque. Tu cabeza ya te pesa, te recuestas. Eres tan pequeña como ese armario. "¿Tú crees que nos encuentre? Mejor tápate tú también".

Tú sabes que está, mamá está, Alexia está, tú estás.